

LOS AUROSOS DE LA HUERTA DE MURCIA

FRANCISCO J. FLORES ARROYUELO

Numerosas han sido las cofradías religiosas, íntimamente relacionadas con las parroquias, que durante siglos han pervivido en la ciudad y huerta de Murcia, de manera semejante a otros muchos lugares de la geografía española, y que no debemos confundir con las de los gremios en las que, en un pasado relativamente cercano, lo meramente religioso se mezcló con lo festivo, dando ocasión en algunas épocas, como en los días de la *ilustración*, a que fuesen puestas en entredicho e incluso procurado su desaparición al considerarlas como organizaciones dispuestas para el despilfarro y el escándalo (1).

Las cofradías parroquiales, como la Cofradía o Hermandad de Animas, la Cofradía de Ntra. Sra. del Socorro, la Cofradía de la Purificación, la Cofradía del Rosario... tenían como fines principales los meramente asistenciales, así como piadosos y de sufragio de almas, para lo que sus miembros estaban organizados bajo constituciones otorgadas por la autoridad religiosa, sufragándose sus gastos por la limosna obtenida y cuota de sus miembros, lo que hizo que siempre contasen con cortos medios.

Del estado de las cofradías en España sabemos principalmente por las respuestas al formulario que se distribuyó por España con el fin de saber de sus patrimonios y constituciones a finales del siglo XVIII. Así, el intendente don Antonio Carrillo de Mendoza, el 30 de septiembre de 1771, informó sobre lo recabado dentro de los planteamientos de los ilustrados madrileños. Según el informe, en el Reino de Murcia existían 688 cofradías distribuidas por 68 po-

blaciones de un total de 71 consultadas (2). Aunque la cantidad que allí se establece alcanza una cifra de 767.645 reales, debemos tener presente que dicha cifra poco nos dice en cuanto a los medios con que contaban las cofradías de las parroquias, bien diferentes de las de los gremios, pues según se deduce de las respuestas dadas por los párrocos de algunas de ellas, apenas si tenían algún patrimonio, y sólo en contados casos estatutos (3).

Sin duda alguna, en Murcia, una de las que mayor número de cofrades contó siempre, fue la que se amparó bajo la advocación de Ntra. Sra. del Rosario o Aurora, pues fue de las que gozaron de mayor popularidad y difundida presencia, hasta el punto de que algún autor, como José Pérez Mateos, ha llegado a decir que había una de ellas en todas las parroquias, por más que según los datos que tenemos del informe mencionado eso ocurría solamente con la Cofradía del Sacramento y de las Animas. La Orden de Predicadores llegó a Murcia en 1203, siéndoles donadas las casas situadas en la parte del Alcázar Sagir, donde después se edificó el templo de Santo Domingo, y el convento que ocupaba parte de la actual plaza de Romea y éste. Según José Carlos Agüera Ros, la cofradía del Rosario se configuró de forma definitiva en Murcia a finales del siglo XV como consecuencia del movimiento rosariano impulsado por Alain de la Roche a partir de 1470. Siendo ya en el primer tercio del siglo siguiente cuando aparecen noticias expresas de ésta (4).

La propagación de cofradías parroquiales y gremiales hemos de verla también en concordancia con las di-



Los auroros

rectrices dadas por la iglesia según la doctrina del Concilio de Trento como medio de difundir y propagar la doctrina verdadera (5), así como las marianas y de las ánimas. La orden dominica vio en el rosario un medio eficaz para llevar a cabo su labor misionera al servirse de él para un nuevo género de predicación al exponer al pueblo, haciéndole participar activamente, uno a uno, los misterios de la fe al tiempo que para obtener la bendición divina le hacía participar en la oración con el Padre nuestro y el Ave María. Durante el siglo xviii, coincidiendo con la propagación en España del dogma de la Purísima Concepción, las cofradías del Rosario se multiplicaron, siguiendo también pautas marcadas por el mismo rey, como cuando Felipe IV dictó un auto «para extender la devoción del Rosario de Nuestra Señora y que se rece cada día en las iglesias (por lo que) se debía escribir a los obispos de los distritos de cada partido para exhorten a los curas y prelados de los conventos a que introduzcan esta devoción,... y que lo mismo se haga con los Justicias y corregidores de estos Reynos» (*Autos acordados*, I, tit. 1.º lib. 24 de julio 1655).

De 9 de octubre de 1633 tenemos un documento por el que fray Pedro de Arrabia, prior del convento de Santo Domingo de Murcia, por su autoridad, instituyó en la iglesia parroquial de La Nora la cofradía de Nuestra Señora del Rosario «para que entren por cofrades en ella todos los fieles de ambos sexos, y puedan ganar las gracias concedidas

por los sumos pontífices a los cofrades de dicha cofradía con tal que han de ser inscritos en el libro por mano del Sr. Cura en presencia del escribano de dicha cofradía que al presente es Pedro Sibilla en la cual se defina o señale. Otrosí con tal que todos los años al abrir la fiesta principal de Nuestra Señora del Rosario que se celebra el primer domingo de octubre tenga obligación el mayordomo y su compañero o en su ausencia el escribano de dicha cofradía a traer este libro para que lo firme y el muy reverendo padre prior que por tiempo fuere de este dicho convento y asimismo los nombres de los cofrades difuntos para que se apliquen los sufragios que por tales cofrades suelen aplicarse...» (6).

Según F. Verdú, la más antigua de estas cofradías fue fundada antes de 1650 para rendir culto a la Virgen de la Aurora, cuya imagen se veneraba en la capilla de la Virgen del Rosario en la iglesia de Santo Domingo (7), siendo obligación de los cofrades de dicha hermandad asistir a la misa de alba que se celebraba ante la imagen referida los días festivos, durante la que se rezaba el rosario. La Hermandad llevaba a cabo una *despierta* por las casas de la parroquia durante la amanecida de los domingos recogiendo limosnas y cantando salves.

En la *queda* de 1684 se dio orden por el municipio murciano de que no se hiciesen estas funciones durante la noche por perturbar el orden y sueño de los vecinos, y se mandó «que no se permitiese por las rondas ninguna despierta que los devotos hacen por las casas de otros al ama-

necer de los domingos con música de campanas y coplas de jácara, para oír primera misa, lo cual es irreverencia» (8).

Cuando los *ilustrados* pretendieron controlar las cofradías y reducir el problema de los vagos, también trataron de llevar al silencio a éstas, lo que hizo que pronto acudiesen al Real Consejo para solicitar que el Corregidor les permitiese proseguir con su práctica. Sabemos que alguna de ellas, como la Hermandad de S. Smo. Sacramento y Animas, razonó su petición diciendo que su establecimiento en Murcia era tan antiguo que no había memoria de los hombres que se acordasen de su principio sin tener otros fondos «que las limosnas voluntarias conquie los fieles contribuyen cada uno en su parroquia al tiempo que los cofrades la piden con la Campanilla de Puerta en Puerta a el anochecer de cada día, cuya costumbre es tan inmemorial como la misma cofradía» (9). El rey, en este caso, les concedió permiso para que continuasen con sus prácticas, aunque sabemos que pocos años después, en 1784, el corregidor murciano don Joaquín Pareja y Obregón prohibió por medio de un bando la mendicidad en la ciudad y huerta, incluyendo en tal orden la acción de los hermanos de la Cofradía o Hermandad de Ntra. Sra. de la Presentación que se componía de los ciegos o *privados de la vista corporal*, que, a los sones de guitarras y otros instrumentos cantaban oraciones y canciones. La orden no fue tenida en cuenta y unos días antes de San Juan de Junio fueron prendidos varios de ellos cuando pedían limosna delante de la imagen de la Dolorosa instalada en la puerta de la casa de don Antonio Lucas Celdrán, Alguacil Mayor de la Inquisición (10). La cofradía del Rosario debió correr suerte paralela.

A pesar de esta situación, los cofrades de la Aurora continuaron practicando sus devociones entre las que se contaba la de acudir, después de efectuar la *despierta* de las vísperas de días festivos, a una procesión que iba desde el convento de Santa Clara hasta el convento de Santo Domingo donde oían misa de alba en la capilla de la Virgen del Rosario. Al frente de este cortejo marchaba un mayordomo portando un gran farol junto a otros quince de menor tamaño que representaban los misterios del rosario (11). A lo largo de estos siglos los distintos reglamentos por los que se regían los cofrades fueron completándose o modificándose, como los de la Cofradía de la Aurora de Javalí Viejo, que le habían sido dados por el obispo en 1816 al

separarse de la Hermandad de La Nora.

En estos estatutos se establece que sus miembros debían observar buena conducta, así como que los días festivos tenían que salir a rezar el rosario por la mañana antes de la misa de alba y también por la tarde «Al primero no podrán asistir las mujeres que deben quedar en casa cuidando de los hijos y familiares»; «los cofrades habrán de abonar la tarja (12) al inscribirse y por una sola vez seis reales de vellón, una libra de cera y seis maravedises cada domingo»; «a la muerte de los cofrades se les hará a sus familiares media libra de cera en dos velas para alumbrar el cadáver, una limosna de seis reales de vellón y abonar una misa cantada de requiem»;... La Cofradía debería tener cuatro faroles para acompañar al viático;... Los hermanos cantores quedaban exentos de todos los gastos, pero disfrutaban de todos los beneficios, siendo su obligación cantar a la Virgen todos los domingos y fiestas marianas al romper el día (13).

Pilar Lozano Guirao publicó las principales cláusulas del reglamento de la Hermandad de Auroras del Carmen del Rincón de Seca de 1890 que en buena parte coinciden con las de la cofradía de Javalí Viejo expresadas anteriormente, así como las que expresan las obligaciones del cabeza de cuadrilla, que dicen que este hermano tendrá especial cuidado de hacerse respetar en sus funciones, tanto en la subordinación y buen orden que los demás han de seguir en el acto de estar reunidos, y en los deberes que ha contraído para con la Hermandad cuando ingresó. Cuidará este hermano de la capilla y dará conocimiento a la Hermandad de cualquier falta que se produzca para que se pueda disponer lo que convenga. Dará cuenta de la limosna recibida. Tendrá una libreta para anotar las faltas de los cantores y las manifestará cuando el secretario se las pida. Igualmente avisará al mismo cuando algún cantor se encuentre con alguna dificultad que le impida cantar... Entre las obligaciones que imponía la Hermandad estaba que ésta tenía la facultad de separar de ella a aquellos cofrades que blasfemasen o cogiesen alguna cosa que encontrara a su paso durante la asistencia a la reunión o al retirarse a su casa. Los hermanos estaban obligados a cumplir lo que ordenase el cabeza de cuadrilla. Se debía guardar la mayor reserva de los acuerdos tomados por la Cofradía. En caso de no tener buenas condiciones el cabeza de cuadrilla para ese cargo, se reunirían los cofrades y

dispondrían lo más conveniente. Al morir algún hermano se le dirían seis misas y la viuda debería seguir pagando sus recados hasta cumplir los doce años, pasando después a la jubilación. Durante este tiempo la cuadrilla cantaría gratis en su casa y, después de jubilada, pagaría una peseta si seguían cantando (14).

Pero lo que caracteriza a los auroros murcianos es la constitución dentro de la Cofradía de lo que se llama *la campana* o conjunto de quince voces dividido en dos grupos o coros que cantan bajo la dirección de uno de ellos mientras los sones de una campanilla les va marcando el ritmo. El que hace de director recibe el nombre de *cabeza* de la cuadrilla.

La campanilla, de agudo timbre, marca con sus sones el ritmo en movimiento, generalmente de dos por cuatro, entrando al segundo compás una de las voces que entona el arranque de la melodía, uniéndose a continuación el resto del coro. Lo que tipifica el cante de auroros es la sencillez de sus melodías que son sostenidas en terceras entre dos de las voces que fluyen en intervalos diatónicos, amparadas por el pedal, en la quinta generalmente, que se oye de forma continuada ya en grave o en aguda. En la última nota del primer fragmento hacen un reposo, alargándola cuanto pueden: la campana marca las dos partes y continúa la *copla* terminando los fragmentos en continuados calderones y uno o dos campanillazos.

El ritual se inicia cuando la noche está bien cerrada al ponerse en marcha uno de los hermanos que dicen *despertador*, que llevando un farol encendido y una campana que repiquea, va pasando por las casas de los restantes hermanos cantores. Tras golpear la puerta, dice: «Ave María Purísima», respondiéndose desde su interior: «Sin pecado concebida», para manifestar a continuación si está dispuesto a acudir a la formación de *la campana* o si se lo impide algún motivo. Una vez acabado el recorrido, se concentran los hermanos en la puerta de la iglesia cuando son aproximadamente las dos de la mañana. El cabeza de la cuadrilla toma nota de los que han acudido a la cita y después, tras repetir el saludo con la invocación a la Virgen, entonan una salve de las que corresponden a la época del año en que se encuentran. La oración termina con la estrofa siguiente:

«A la puerta llamamos, Aurora,
los despertadores con gran humildad,
y os pedimos, Reina soberana,
que nos des licencia para ir a
[cantar]» (15).

A continuación se encaminan en silencio hasta el lugar en que cantaron por última vez en la anterior ocasión que salieron, donde comienzan a entonar cánticos y oraciones en las casas de los hermanos, ante las que se repite la misma ceremonia que en la iglesia. Cuando les llegan los sones de las campanas de la parroquia que avisa de la misa de alba, se encaminan a ella, donde acompañan la celebración del sacrificio con diversos cantos.

El cancionero de los auroros está compuesto en su mayor parte por salves que se ejecutan por dos coros, siendo el que sirve de *guía* el compuesto por los más antiguos, mientras que el que da la *respuesta* lleva a los nuevos, aunque también se hacen ateniéndose al timbre de las voces. El primer coro se compone de un contralto, tres bajos, un contrabajo, cuarta y quinta, mientras que el que da la *respuesta* lo está por lo menos con cinco bajos y un contralto, y dos más que suelen ser bajos también.

El que hace las veces de director recibe el nombre de *antiguo*, y el que le ayuda, *segundo*, permaneciendo en la respuesta. Ambos directores no cantan, siendo su encargo el de dirigir y ordenar a los *despertadores*, que es el nombre que reciben los demás hermanos por tener la misión de alternarse en la obligación de avisarse, como sabemos.

Las salves, según son solicitadas por el que da la limosna, pueden ser diferentes, quedando indicadas según diga la primera estrofa por ellos llamada *vocablo* (16).

La salve de *enfermos* dice en su primer vocablo: «Salve, Reina de los cielos; piadosa y divina madre...»; la salve de *difuntos* comienza con: «Dios te salve, Madre virgen, protectora de las almas...»; la salve de la *pasión* canta: «Dios te salve, Emperatriz, por la calle de la Amargura...» (17).

Una modalidad del canto de los auroros que se ha perdido es la de las *correlativas* o coplas de la pasión que se cantaban en la plaza de las Agustinas el Jueves Santo. Las *correlativas* constaban de cuatro o cinco versos cada una, siendo cuatro los cantantes. Las segundas y terceras voces se colocaban frente a frente y casi boca a boca, y a los costados y a casi medio paso de distancia se situaba el bajo y la cuarta voz. La segunda dirigía el canto poniendo las manos a la altura del pecho, vueltas hacia abajo y abiertas, levantándolas para indicar los *fuertes* y bajándolas cuando eran los *pianos*. La belleza y el mérito de estos cantos consistía en

los *redobles*, que eran los movimientos glosados de tal o cual voz, según nos dice Pedro Díaz Cassou (18). El tono era convencional, pero casi siempre resultaba en *mi mayor*. El modo de tomarlo consistía en que cada voz, empezando el bajo, tomaba una sílaba de la palabra *chi-me-ne-a*, yendo de bajo-tercera-tenor-contralto, para formar el acorde perfecto mayor, cerrándolo a la inversa o *a-ne-me-chi* o *contralto-tenor-tercera-bajo*. El bajo sostenía mucho la primera nota una vez que había tomado el tono, para seguidamente, a una señal de la segunda, entrar todos. El movimiento era sumamente lento, haciendo los *redobles* con notas muy pequeñas como *mordentes* o *grupettos* musicales, mientras que las pausas eran sumamente largas, de tal manera que cuando se habían dicho dos o tres trozos, el bajo animaba a los demás para que atacasen sus cuerdas con decisión. Las *correlativas* eran cantos antiquísimos, lentos, tristes, sin la guía de la campanilla (19). La última *campana* que las cantó fue la de Monteagudo, sin llegar a transmitirlos a otras.

Otros cantos de los auroros murcianos son los que acompañan a la misa, el *tercio* y los *aguinaldos* que suelen ser dichos por un trovero que repentinamente su copla con alusiones a la Navidad o a alguno de los miembros de la vivienda que los recibe cuando salen a recorrer las casas y felicitar las Pascuas, y una respuesta que da el coro a modo de estribillo, mientras suena el acompañamiento de bandurrias, guitarras, panderetas, zambombas y violines (20).

Hoy en día son contadas las *campanas* de auroros que quedan en la huerta murciana, dándose el caso de que han incluido en sus coros a mujeres.

NOTAS

- (1) Véase A. Rumeu de Armas, *Historia de la previsión social en España*, Madrid, 1954, pág. 107. Sobre las cofradías y gremios en Murcia, J. García Abellán, *Organización de los gremios en la Murcia del siglo XVIII*, Murcia, 1976, págs. 140 y ss. Sobre la íntima unión de gremios y cofradías en Cataluña ver Pedro Molas Ribalta, *Los gremios barceloneses del siglo XVIII*, Madrid, 1970, págs. 50 y ss.
- (2) A. H. N. *Consejos suprimidos*, leg 7.090 y 7.094. Ver de F. Abbad, «Una aportación al estudio de las cofradías murcianas en el siglo XVIII» en *Murcia*, Año III, n.º 11, 1977.
- (3) A. M. M. leg 3.708. Según las declaraciones de los superiores de varios conventos, aparte de las Cofradías del Santísimo Sacramento y Animas Benditas, sólo hay Cofradía del Rosario o Aurora en

el convento del Carmen. Por las respuestas se percibe que hay resistencia a facilitar datos. Año 1796.

(4) José Pérez Mateos, *Los cantos regionales*. Serie de conferencias dadas en 1942. Murcia, 1944. José Carlos Agüera Ros, *Un ciclo pictórico del 600 murciano (la capilla del Rosario)*, Murcia, 1982, págs. 16 y ss.

(5) Guy Lemeunier, «La religión de los murcianos», en *Historia de la Región de Murcia*, T. VI. Murcia, 1980, págs. 151 y siguientes.

(6) A. P. de La Ñora. Lib 1.º matrícula fol. 90. Ver Emilio Sánchez Baeza, *La Ñora, ayer y hoy*, Murcia, 1983, pág. 279.

(7) F. Verdú, *Colección de cánticos populares de Murcia*, Madrid, 1906, pág. 10. Ver M. J. Almale Lacacel, *Capilla del Rosario (Iglesia de Sto. Domingo)*. Tesis de licenciatura inédita. Universidad de Murcia, 1959. J. M. Ibáñez García, «La imagen titular de la Archicofradía del Rosario». *Rebuscos*, T. VI. *La verdad*. 1913.

(8) En Pedro Díaz Cassou, *Pasionaria murciana. La Cuaresma y la Semana Santa en Murcia*, Madrid, 1897, pág. 51.

(9) A. H. N. Consejo Leg 792/12. «Los hermanos mayores de las Hermandades del S. Smo. Sacramento y Animas establecidas en las once Parroquias de la ciudad de Murcia. Sobre que se les permita continuar en la costumbre de hacer sus funciones, destinos e inversiones que han practicado hasta ahora y de que se les ha privado por el Corregidor», 1780. En dicho legajo están las constituciones de la Cofradía de Animas de la parroquia de San Bartolomé.

(10) Sobre algunos enfrentamientos entre conservadores y el criterio de los *ilustrados* véase F. Jiménez de Gregorio, «Incidentes de algunos gremios y cofradías de Murcia a finales del siglo XVIII», en *Anales de la Universidad de Murcia*, 1950-51. A. H. N. leg 1.780/38. En un informe de varios miembros de la Real Sociedad Económica de Murcia de 1781, como don Antonio Rocamora, don Antonio Vergara, sobre las constituciones de las cofradías murcianas se dice: «Estas cofradías realmente no tienen otro principio que el de una verdadera piedad en los fieles que se ocupan con mucho gusto en dar culto a Su Mag. Sacramentado, quando se lleva por viático a los enfermos y en los días de Minerva, Ascensión y Jueves Santo celebrando misas con el resto de las limosnas...», «Todas las gentes de el Pueblo sin exceptuar, desde la más alta gerarquía hasta los más infelices trabaxadores, dan esta limosna diariamente, con tanto gusto, que apenas oyen la campanilla, están esperando que llegue el hermano demandante para no retardar su carrera. Tanta es la devoción y tal el zelo christiano, que respiran los corazones del Pueblo por una costumbre heredada de sus mayores, que se tiene como una cierta obligación esta limosna voluntaria, porque ven los piadosos destinos y la utilidad común». A. H. N. Consejo leg 792/12. Sobre la mentalidad de los *ilustrados* murcianos véase Francisco J. Flores Arroyuelo, *Sociedad murciana e Ilustración*, Murcia, 1977.

(11) Pedro Díaz Cassou, *Pasionaria...*, ed. cit., pág. 52.

- (12) *Tarja*, tarjeta o moneda según J. García Soriano.
- (13) Ver Emilio Sánchez Baeza, *Javalí-Viejo. (Notas para su historia)*. Alicante, 1976, págs. 227 y ss.
- (14) Pilar Lozano Guirao, «Los auroros murcianos» en R.D.T.P. Tomo XVII. 1961, págs. 505 y ss.
- (15) Pilar Lozano Guirao, «Los auroros...», ed. cit., pág. 504.
- (16) Rodolfo Carles, «El auroro» en *Doce murcianos importantes*, Murcia, 1977 (1.^a en 1878), págs. 47 y ss.
- (17) Rodolfo Carles, «El auroro», ed. cit. pág. 56.
- (18) Pedro Díaz Cassou, *Pasionaria...*, ed. cit., pág. 219.
- (19) Pedro Díaz Cassou cita la opinión del

musicólogo Julián Calvo que dice: «Existe en Murcia un canto religioso muy pesado, la pasión, que se canta a cuatro voces el día de Jueves Santo y que se llaman las *correlativas*. Consiste en que el bajo y la voz más aguda forman octava, mientras las voces intermedias forman a dúo una melodía lenta, interrumpiéndola para cada verso: el bajo y su octava empiezan en todos los versos antes que las demás voces», *Pasionaria...*, ed. cit., pág. 220.

(20) El cancionero de los auroros en F. Verdú, *Colección de cánticos populares de Murcia*, Madrid, 1906; Pedro Díaz Cassou, *Pasionaria murciana*, Madrid, 1897; y Alberto Sevilla, *Cancionero popular murciano*, Murcia, 1921, principalmente.